

tiros famosos que espanten, al paso que destruyan. Solo con que yo recogiese las flechas que tira á las cabezas que sobresalen entre la muchedumbre, sobrarian para llenar mi aljava. ¡Y cuánto no daría yo por poder suspender esta aljava, mas allá de la region del ayre cerca del celeste Sagitario, para que desde allí llamase la atencion pública, y fuese el objeto de la contemplacion del linage humano?

Seria sí, una constelacion terrible, pero al mismo tiempo benéfica, que serviría para guiar entre las olas tempestuosas de la vida á los mortales, que la fortuna se complace en llenar de sus peligrosos dones. Como brillante faro les haría evitar el escollo en que casi todos naufragan; escollo que no consiste sino en que crece su seguridad á medida que el peligro aumenta, y olvidan su suerte próxima alucinados por la felicidad presente.

OCTAVA NOCHE.

LA INMORTALIDAD.

No la perdí, es verdad, como á Narcisa,
De su edad en la verde primavera.
Ni con muerte improvisa
Dió fin, como Filandro, á su carrera.
¡Y esto acaso es capaz de consolarme?
Antes quando no hubiera otro motivo,
Este solo bastara á atormentarme.
Aquellas inhumanas dilaciones,
Me han hecho padecer un excesivo
Cúmulo de continuas aficciones.
Quanto mas tardó el golpe, fué mas vivo,
Mas atroz para mí, pues á medida
Que duraba su vida,
Mas y mas nuestras almas se juntaban,
Y sus estrechos lazos apretaban.
Como estos uno á uno se rompiéron,
En mi sensible corazon abriéron
Otras tantas heridas penetrantes,
Que con dolores vivos é incesantes,
En un tormento horrible me han tenido,

Durante largos años. Me sentia,
 Por grados lentamente consumido,
 Morir como ella misma cada dia;
 Qual mísero oprimido
 Por la crueldad de un bárbaro tirano,
 Que aumentando de intento
 Por grados insensibles su inhumano
 Tormento, se complace en dilatarle
 La muerte, y apurarle
 Todo el alcance de su sufrimiento
 Prolongando sus penas,
 Hasta que miembro á miembro destrozado,
 Y de sangre agotadas ya las venas,
 Se desanime aquel corazon fuerte,
 Y le obligue la muerte,
 Con gemido forzado,
 A confesar que ha sido desgraciado.
 ¡Qué martirio tan fiero y doloroso
 Es el de caminar así, arrastrando
 Con paso perezoso
 Hácia su fin! El ir atravesando
 Lleno de incertidumbres y temores,
 La serie dilatada y afligida
 De los últimos años de la vida,
 Como una larga mina tenebrosa
 Que va á dar del sepulcro á los horrores;
 Cada instante encontrarse
 Mas y mas sumergido en su espantosa

Obscuridad profunda,
 Y ver que por instantes va á apagarse
 La luz de la esperanza moribunda.
 Tal es la senda lóbrega y fragosa
 En que al fin de mis dias me ha metido
 Por fuerza mi destino miserable:
 Por estas tristes horas de despecho,
 Por estas asperezas ha seguido
 Mi vejez muchos años arrastrada,
 Caminando con pena intolerable,
 Dexando á cada encuentro el pie deshecho,
 La huella en viva sangre señalada.
 El amor propio ya no se atrevia
 A levantar la voz: este obstinado
 Adulador del hombre, se veia
 De seducirme ya desengañado,
 Y sin poder disimular mis males.
 ¡Quántas veces inmóvil, desolado,
 Fixa en ella la vista detenia,
 En que estaban pintados los fatales
 Anuncios del horrible desvarío,
 Del triste pensamiento á pesar mio!
 ¡Y quántas veces muerta la juzgaba,
 Quando hácia mí los labios macilentos
 Volvia sonriendo cariñosa!
 Así el mortal semblante disfrazaba,
 Con apariencia plácida y gozosa,
 Por no afligirme á mí, y sus sentimientos

A lo interior de su alma recogia,
 Mas siempre fué su diligencia ociosa.
 Penetraba su mal.—Su tierno zelo,
 Al paso que ocultarlo pretendia,
 Agriaba mas y mas mi desconsuelo.
 La muerte en sus entrañas escondida
 Minaba los cimientos de su vida,
 Con progresos continuos é insensibles.
 Tan activa y tan terca,
 Como un guerrero ejército que cerca
 Una fuerte ciudad bien defendida,
 La inhumana apretaba sus terribles
 Ataques sin cesar, hasta que helado
 El miserable cuerpo en tierra diese.
 Su furor obstinado,
 De los auxilios débiles triunfaba,
 Que la naturaleza administraba
 Unida con el arte, sin que hubiese
 Fuerza en la humanidad que resistiese.
 ¡ O astros nocturnos que escuchais mi llanto,
 Y estais hechos á verme miserable,
 Bien sabeis quantas veces con espanto
 Me hizo dexar el sueño la implacable
 Muerte, agitando con el poderoso
 Brazo, la blanda almohada en que al reposo
 Mi cansada cabeza me entregaba!
 Al despertarme, la primera cosa
 Que á mi affigida vista presentaba,

Era mi tierna y desgraciada esposa
 A mi lado, que ya desfallecida
 Iba acabando su penosa vida.
 ¡ Quántas veces aquellas noches largas,
 Bañando el lecho en lágrimas amargas,
 Gastaba en contemplar la decadencia
 De aquella vida, en cuya competencia
 No estimaba la mia!
 ¡ Y cuánto no sufría
 Velando en aquel puesto doloroso
 Sin cesar, y observando el presuroso
 Paso con que al sepulcro caminaba!
 Una hora no pasaba
 Sin que en su rostro lánguido advirtiese
 Funesta novedad, y en él creciese
 De las mortales sombras la espesura.
 No, no fué tal mi horror, tal mi amargura,
 En el terrible día
 En que me hallé á la orilla conducido
 De mi sepulcro, y vi como se abría
 Su seno tenebroso, el desmedido
 Abismo donde mora,
 La horrible eternidad que el mundo ignora.
 Sin duda no me hallé tan asustado
 Que en el crítico instante en que á mi vista
 Revolviéndose estaba,
 Y ya para volcarse el fatal dado,
 En que mi vida ó muerte se juzgaba.

He conseguido, es cierto, que subsista
 Mi vida, ¡pero en esto qué he ganado?
 El privilegio odioso de alargarme
 La pena cruel que tanto me ha oprimido.
 ¡Mas por qué á la tristeza he de entregarme
 Con tal obstinacion, y sin consuelo
 He de llorar la pérdida funesta,
 De aquellos que en verdad no se han perdido?
 ¡Por qué ronda con tanto desconsuelo
 El pensamiento nuestro los callados
 Túmulos, y sin fruto nos molesta
 Con su aficcion? ¡Se apaga por ventura
 El alma, aquella luz celeste y pura,
 Debaxo de los mármoles helados
 Que ocultan su ceniza á nuestros ojos?
 No, nada de ella (pues hasta ahora ignoro
 Qué es su nombre en el eterno coro)
 Nada de ella, repito, ha fenecido,
 A excepcion de los únicos despojos
 Que á la muerte tocaban. No ha dexado
 Mas que aquel basto y mísero vestido
 Que vivir la impedia:
 Solo el dolor para ella se ha acabado.
 Ella goza de vida y alegría;
 Yo si que estoy en brazos de la muerte.
 ¡Cielo piadoso, la desdicha mia
 Debe compadecerte!
 Tienen derecho los desventurados

Como yo á tus bondades—; Qué poblados
 Estan nuestros sepulcros! ; Quán fecundo
 En su lóbrego seno! ; El hombre nace
 Desde él á nueva vida!
 Al contrario este mundo,
 En que mi ser abandonado yace,
 Es desierto infecundo,
 Es triste soledad desconocida,
 De funestos cipreses asombrada,
 De lágrimas amargas inundada.
 Es calabozo mísero y profundo,
 Cerrado por la bóveda del cielo,
 En que estoy recludo,
 De incesante desvelo,
 De dolor insufrible consumido.
 En la mansion en que mi esposa habita
 Todo es sólido y real, nada aparente.
 Nunca allí la mundanza solícita,
 Ni halla cabida, todo es permanente. (a)
 Corramos, pues, sobre su sepultura,
 Un velo para siempre. Su alma pura
 En ella ya no existe.
 Si aquel paso es terrible, lo ha vencido.
 Mis ojos, aunque tanto de ellos diste,
 La siguen en su vuelo presuroso
 A la inmortalidad, y mi alma llena
 Llena de admiracion y ardor no conocido,
 Divisa un órden nuevo, y numeroso

De objetos, totalmente diferentes
 De los que ha visto—; El gozo la enagena!
 ; O noche, favorece mis ardientes
 Deseos! ; ven, inspira el canto mio!
 ; Quiero enseñar al hombre,
 La dignidad del hombre! ; En tí confío
 Que suplas de mi ingenio la flaqueza,
 Para que al mundo asombre,
 El ver que corresponden mis acentos
 Sonoros, de este asunto á la grandeza!
 ; Despierta, ó tú dormida fantasía!
 Rompan de la verdad los sentimientos
 Mi duro corazon. Mi pecho helado,
 Arda en sus mismas llamas abrasado,
 Qual arde el sol en la mitad del dia.
 ; Oxalá que mis versos en nobleza
 Compitan con el alma,
 Y que como ella sean inmortales!
 ; Qué digo! Esta desdeña la baxeza,
 La pasagera y despreciable palma
 De la gloria mundana
 Sus laureles caducos y fatales.
 No esta esperanza vana,
 Otra mas noble anima el pecho mio:
 En la eternidad sola me glorío;
 A esta la voz levanto;
 De esta espero el salario de mi canto.
 ; Salve, ó tú inmortal hombre!

; Blasfemaré qualquiera que te nombre
 Perecedero! Pasarás dichoso
 Las puertas de la luz que dan entrada
 A la inmortalidad. Verás gozoso
 Para siempre tu vida renovada.
 Admirarán los cielos la llegada
 Del frágil ser, del huésped no esperado.
 ; Gracias te doy, ; O Dios omnipotente!
 ; O benéfico Dios! de que hayas dado
 La eternidad al polvo, al débil hijo
 De la tierra! Rendido totalmente
 De contemplar tus grandes maravillas,
 La vista en vano, lánguido dirijo,
 De este piélago inmenso á las orillas,
 Para hallar donde pueda hacer asiento,
 Mi cansado y absorto pensamiento.
 ; Y dirán que es virtud el adorarte!
 ; No es la mas dulce precision amarte?
 Mas si la eternidad he recibido
 Solo para sufrir, si únicamente
 Este don sirve para eternizarme
 En mi suerte infeliz, y acrecentarme
 Las penas que me tienen consumido,
 Vano es mi gozo. Pero Dios clemente,
 Nos mira con piedad, si arrepentida
 Nuestra alma de los torpes lazos huye,
 Con que la ha aprisionado el vicio insano,
 Y á la austera virtud se restituye,

En el glorioso libro de la vida
 Vuelve á escribirla con su propia mano.
 En su bondad seguro
 Desafío á la muerte. Un gozo puro
 Mi corazon inunda, y le prepara
 A dar un culto digno al soberano
 Y benigno Señor que así le ampara.
 Los ángeles, las almas racionales,
 De un mismo fuego fuéron animados
 Por el sumo Criador. A él le debieron
 Igualmente su origen; mas salieron
 En quanto á facultades desiguales;
 Pues siendo destinados
 A objetos varios, á distintos hados,
 Así lo requeria
 De su divino plan la economía.
 Despues que por un término ceñido,
 Todos, segun sus clases, han sufrido
 Las pruebas de virtud, y la experiencia
 Que ordenó la Divina Providencia;
 Todo el que ha conservado su nobleza,
 De su celeste origen la pureza,
 Para siempre con él vuelve á juntarse,
 Y en un mar de delicias á engolfarse.
 No eres hombre, un gusano, un vil insecto;
 Conócete á tí mismo, admira ufano
 Lo que vales, y ve aquí el grande arcano
 En que está toda la sabiduría.

Quando de la razon al juicio recto
 Cito mi pensamiento, y ya cerradas
 Las puertas de la vaga fantasía
 Vuelto á mí mismo atento me exámino,
 ¿ Puedo dexar de ver que dimanado
 Del cielo, por las sendas ignoradas
 De este mundo, qual noble peregrino
 Vagueo de mi patria desterrado?
 ¡ Ay! quanto mas su ser mi alma repasa,
 Tanto mas su ambicion crece y la abrasa.
 El mundo con desprecio do mí lanzo,
 Y alegre me abalanzo
 A la inmortalidad; tan noble idea
 Cambia á mis ojos todo lo criado,
 Todo lo perfecciona y hermosea.
 Antes un caos informe parecia
 El mundo, obscura noche lo cubria;
 Ahora en todas sus partes acabado,
 Disipada la sombra, resplandece.
 Cubre un brillante y vivo colorido
 De la naturaleza al extendido
 Campo. Nada parece
 Vil á mi vista, todo se ennoblece.
 Aunque es mi ser el mismo que ántes era,
 Dirian que ha mudado ya de esfera.
 ¿ Qué nuevas perspectivas se presentan
 A mis ojos? Varían y acrecientan
 Sin cesar su hermosura.

Distingo claramente la futura
 Sucesion de los hados,
 Que hoy en profunda noche sepultados,
 Aun á la vista perspicaz se esconden
 De la sagaz y osada conjetura.
 Las puertas me abre la naturaleza,
 Que á sus ocultos senos corresponden ;
 Mi alma absorta sus pasos endereza
 A unas desconocidas
 Vastas regiones. ; Qué feliz encanto !
 ; Con qué voces de gozo repetidas,
 Enxuto ya mi llanto,
 Hallaré, abrazaré en sus deliciosos
 Vergeles, otros seres tan dichosos
 Como el mio ! ; Qué turbas tan crecidas.
 De espíritus de un órden diferente?
 ; Qué de naturalezas totalmente
 Nuevas descubriré en aquél instante?
 Del sol me olvidare. Otra luz mas pura,
 Otro universo mucho mas brillante,
 Borrará la memoria de esta obscura
 Prision, que ahora á mi vista fascinada,
 Parece una obra inmensa y acabada.
 ; O destino feliz ! ; O inmortal vida !
 ; Quién podrá dar de tu naturaleza
 Justa definicion, quién la medida
 Llegará á conocer de tu riqueza?
 Sé que no tienes fin, que tu luciente

Hilo ha de devanarse
 Por los siglos, y nunca ha de agotarse.
 No sucede esto con la trama obscura
 De esta vida infeliz, que brevemente,
 Como un soplo ligero,
 Su duracion apura.
 Y aun este corto espacio le gastamos
 En restaurar los golpes, con que el fiero
 Precipitado tiempo, al paso que huye,
 Nuestra salud y robustez destruye.
 Y aun la misma salud que ponderamos,
 ; Qué viene á ser sino una prolongada
 Enfermedad, á fuerza de remedios
 Diarios y continuos paliada ?
 Padece el alma iguales intermedios
 Que el cuerpo en su salud. Ya está robusta,
 Ya lánguida como él. Aun la mas justa,
 La mas virtuosa accion que á nuestros ojos
 Parece pura, siempre alguna liga
 Lleva que á rebaxar su precio obliga ;
 El deleyte mas vivo y mas suave,
 De punzantes abrojos
 Herizado, jamas llega á causarnos
 La limitada dicha que en él cabe.
 Y aun esta nunca llega á contentarnos ;
 No es mas que un moderado y pasagero
 Alivio, concedido á los mortales,
 Para esforzarlos á sufrir el fiero

Cúmulo de sus males,
 Superior á la humana resistencia.
 De nuestro ser la hechura,
 Aun completa no está. Nuestra existencia
 No hace mas que empezar; hasta ahora dura
 Nuestro obscuro crepúsculo, la aurora
 Que con escasa luz precede al día.
 El hombre en embrion, que todavía
 Dentro del seno de su padre mora,
 Está ménos distante
 De esta imperfecta vida, que lo estamos
 Nosotros de la vida verdadera,
 Que en vano suspiramos
 Hasta el último instante,
 En que la muerte rompa la grosera
 Venda mortal, que á nuestra vista oculta
 Su esplendor, y en tinieblas nos sepulta.
 ; O gozo imponderable
 El del hombre, al momento que se vea
 Libre ya de la cárcel miserable
 De este cuerpo, y posea
 Para siempre el palacio refulgente
 De la inmortalidad! ; Qué alegremente
 Exclamará: "estos bienes admirables,
 He de gozar por siglos perdurables!"
 ; Qué impetuoso delirio de alegría
 Y admiracion producirá en el alma,
 El paso repentino,

Desde el confuso obscuro remolino
 De este polvo, á la luz del claro día,
 A una dichosa inalterable calma!
 Al llegar, espantados de la fiera
 Noche, de los horrores de la muerte,
 De esta vida penosa aun condolidos;
 ; Qué efecto nos hará aquella primera
 Impresion, de una nueva y feliz suerte!
 ; Qué raptos deliciosos, qué latidos
 De placer sentirá el alma pasmada!
 ; Detente ; O Dios benigno! tu largueza
 Los límites excede; es demasiada
 Del hombre la flaqueza!—
 A la idea sola de esta desmedida
 Fortuna, se desmaya y desalienta
 Mi débil corazon. Mi alma oprimida,
 De la grandeza misma se amedrenta
 De su felicidad, teme anegarse
 Si llega en tal océano á engolfarse.
 ; Qué serie de prodigios infinita
 Se explayará á mis ojos! ; Qué inaudita
 Muchedumbre de objetos,
 Aun á mi mortal vista no sujetos,
 Me admirará, saliendo de repente
 De las tinieblas que ahora me la ocultan!
 Entónces podrá el hombre totalmente
 Satisfacer el insaciable anhelo
 Que tiene de saber todas las cosas.

Las mismas sombras que ahora dificultan,
 Como un espeso velo
 Que del mundo moral reconozcamos
 Los secretos, entónces luminosas,
 Háran que todo claro lo veamos.
 Quedará el mundo físico igualmente,
 Alumbrado y patente.
 La inconexión, la oposicion que ahora
 En muchas de sus partes observamos
 Desaparecerá. Conexâ y llena
 Seguirá en todos puestos la cadena
 De las criaturas, cuya union ignora
 El mas sabio hasta aquel feliz instante.
 Al presente confunden la dudosa
 Vista, ya cierto objeto disonante,
 Ya diversos fragmentos esparcidos,
 Cuyo concierto ignora; pero entónces
 Se verán de esta masa prodigiosa,
 Aun los cuerpos mas mínimos, unidos
 Con inmortales y brillantes goneses.
 No habrá el menor desórden, ni un vacío
 Se encontrará en toda ella; redondeada
 Y perfecta, con todo su atavío
 De luz resplandeciente,
 A la vista encantada
 Estará manifiesta eternamente.
 Desde la escueta cumbre de algun monte,
 Abraza de una ojeada el horizonte,

Mira esa multitud innumerable
 De globos inflamados, que fluctuando
 En las ondas del éter cristalinas,
 Surcos de luz brillante van dexando
 Al paso en aquel mar interminable.
 Figúrate la dimension enorme
 Del mayor de esos globos que exâminas;
 Repara en otros infinitamente
 Mayores, y conforme
 Con ellos le compares, irás viendo
 Que es un punto, respeto al estupendo
 Tamaño de otros. Esto es cabalmente
 Pretender comparar de la ballena
 Al bulto agigantado,
 El diminuto pueblo de brillantes
 Atomos, pescadillos invisibles,
 Que sin sentir engulle, quando llena
 El vientre dilatado:
 Pues esos mismos orbes que gigantes
 Juzgamos, son tambien imperceptibles,
 Respecto á aquel vacío incalculable,
 En que todos sus luces acumulan,
 Como la multitud innumerable
 De glóbulos de sangre, que circulan
 De vena en vena por el cuerpo humano.
 ¡Tal es el vasto plan! ¡Tan larga mano
 Tuvo el Criador supremo! Pues al punto
 Que á tu vista ilustrada,

En grande se presente y todo junto,
 Este cúmulo inménso de portentos,
 Juzga si tu alma quedará admirada;
 Y si el deleyte es hijo
 De nuestra admiracion, ¡qué movimientos,
 Qué ímpetus sentirás de regocijo,
 Qué encanto será el tuyo, quando vieres
 La vestidura augusta, la admirable
 Magestad de aquel ser inexplicable
 Que hizo todos los seres,
 Y esa infinita multitud de esferas,
 Dexó caer de su mano poderosa,
 Qual muestra compendiosa,
 Por donde su grandeza traslucieras?
 Todas estas criaturas, en presencia
 De aquella fuente inmensa y luminosa
 De donde se origina su existencia,
 Aun tendrán ménos brillo que las flores
 De nuestros campos, junto al encendido
 Astro que de la tierra ha producido
 Su ser y sus colores.
 ¡Quál es, pues, ese eterno sol del cielo,
 Que en rápidos torrentes de luz pura,
 Derrama la alegría y el consuelo
 Sobre toda viviente criatura,
 Y cuya vista sola es la suprema
 Felicidad! La muerte sola puede
 Darnos la solucion de este problema.

¡Y á qué precio tan corto se concede
 Tanta ciencia y deleyte! Solo cuesta
 Dexar del cuerpo la mansion funesta.
 ¡Y cuál será tambien nuestra alegría,
 Al vernos para siempre en compañía
 De tanto noble espíritu, de tales
 Ciudadanos amables é inmortales,
 Que estan ahora invisibles,
 O ya tranquilos en el alto cielo
 Junto al trono de Dios, ó ya terribles,
 De vivo fuego armados
 Guardando en este suelo
 A sus tristes hermanos desterrados?
 ¡O qué envidiable union disfrutaremos
 Con estos moradores celestiales!
 No habrá allí division; serán iguales
 Todos los intereses: viviremos,
 Poseyendo en común quanta riqueza
 Encierra toda la naturaleza.
 Libres, llenos de luces, embriagados
 De delicias, seremos iniciados
 En los misterios del Omnipotente:
 Se nos hará patente
 El plan sabio y profundo,
 Que dirigió la fábrica del mundo.
 Nuestra vista hechizada irá pasando
 De uno en otro prodigio, y admirando
 En cada punto, un rastro luminoso

De las plantas del Todopoderoso.
 ¡Mas por qué mi alma en estas cosas para?
 A él mismo le veremos cara á cara.
 ¡O augusta eternidad! ;tú sola tienes
 Una existencia real y verdadera,
 Y todos los demas males ó bienes,
 No son mas que una sombra pasagera!
 ¡Podrá acaso el que viva persuadido
 De su inmortalidad, tener por males
 Los lances de esta vida mas fatales?
 ¡Cuál seria el esclavo que afligido
 Hoy de su infeliz suerte se quejase,
 Si con toda certeza le constase
 Que ya mañana, al despertar el sueño,
 Libre de sus cadenas se hallaria,
 Y de un imperio dueño?
 Su actual estado alegre olvidaria,
 Un cetro imaginario manejando,
 Y mil magnificencias proyectando.
 Del mismo modo el hombre virtuoso,
 Es como un Rey menor de edad, que espera
 Quando sea mayor mudar de esfera,
 Y reynar inmortal y venturoso.
 ¡Qué pensamiento puede dar al alma
 Mayor elevacion, mayor grandeza!
 El solo es el que calma
 Del corazon humano la tristeza;
 Suaviza de sus penas la amargura

Con alegría pura;
 Le esfuerza en el trabajo y le sostiene.
 Delante de él los males de esta vida
 Pierden toda su fuerza. Su fingida
 Felicidad la máscara no tiene
 Que ántes nos engañaba: el mundo todo
 Eclipsado, se aleja de tal modo,
 Que apenas divisamos en la densa
 Remota obscuridad su mole inmensa:
 Cesan las distinciones, los honores
 Frívolos que reparte la fortuna:
 Acaban los reveses y favores
 De esta voluble diosa: ya ninguna
 Desigualdad entre los hombres queda;
 El grande y el plebeyo, el opulento,
 Y el triste que mendiga su alimento,
 Se ven amontonados sin que pueda
 La vista discernir su diferencia
 A tal distancia y en la sombra obscura.
 Así si alguno, desde la eminencia
 Del remoto Saturno, se pusiera
 A especular atento nuestra esfera,
 Que la enorme distancia desfigura,
 Toda á su vista se reduciría
 A un liso globo, y no distinguiría
 Los hondos valles, ni los elevados
 Montes de horrendos riscos erizados.
 Rompa de un miserable las cadenas